

# Cultura Política: un concepto utilmente ambiguo

Oscar LANDI

## Perfiles del concepto

UN conjunto de procesos que hoy se conocen con el nombre de socialización política, subcultura de élite política o cambio cultural ya se encuentran planteados y analizados en textos de Platón o Aristóteles. La referencia a fenómenos de las culturas políticas existe desde el momento en que se ha escrito sobre la política. Para Gabriel Almond, ni el mayor teórico del Renacimiento, Maquiavelo, o del Iluminismo, Montesquieu, alcanzaron la misma profundidad que Aristóteles cuando hablaron de las características culturales de naciones o grupos sociales; sólo Tocqueville en sus estudios sobre las actitudes de las clases sociales durante la Revolución Francesa y sobre las orientaciones de la cultura norteamericana alcanzaría un nivel de refinamiento comparable.\*

El Iluminismo concibió al desarrollo político desde la óptica de una teoría de la cultura política, entendida básicamente como educación e instrucción cívica. Diversos autores se ocuparon de este tema hasta los años 30, cuando se comenzará a andar más allá de la visión iluminista de fe y esperanza en el inevitable progreso económico y político y se da cuenta de la complejidad y de la ambivalencia de las fuerzas históricas en acción. Ya desde los años posteriores a la Primera Guerra Mundial, con la introducción en la ciencia política europea de la antropología, el psicoanálisis y el marxismo, se venía incubando una visión más compleja de las fuerzas históricas en acción.

En este texto no trataremos de hacer una historia del

\* Almond, G. "La cultura política: storia intellettuale del concetto", en *Rivista Italiana di Scienza Politica*, 3/77, Il Mulino, Bologna.

concepto o de las diferentes acepciones con que ha sido presentado por diversos autores, sólo trataremos de destacar que estamos ante un concepto tan viejo como ambiguo, abordado por diversas disciplinas y cuya definición sigue siendo polémica.

Suele definirse a la cultura política como el conjunto de actitudes, normas y creencias compartidas más o menos ampliamente por los miembros de una determinada unidad social y que tienen como objeto fenómenos políticos. En el plano teórico o doctrinario las culturas políticas conforman un polémico campo compuesto por el liberalismo, el marxismo, el nacionalismo, el populismo, el fascismo, etc. De tal forma, el carácter político de cierto fenómeno o material cultural (discursos, creencias, etc.) estaría dado porque se refiere a fenómenos políticos o porque es enunciado por actores de la política: partidos, dirigentes, el Estado.\*

\* Esta concepción de las culturas y subculturas puede ser extensiva a mentalidades, estilos de vida u orientaciones de la acción que tienen como referencia, por ejemplo, a sectores de la estructura socioeconómica (industrialistas, agrarios, profesionalistas, obreristas, etc.) o también a ubicaciones geográficas o configuraciones demográficas de un país (meridionales, norteños, sureños, porteños, etc.).

Esta definición de la cultura política a partir del carácter político de sus referentes o sus enunciadores es operativa para el estudio de ciertos fenómenos, puede ser un criterio práctico para la definición de un corpus de investigación, pero a condición de tener presente que encierra una seria insuficiencia. En efecto, lo político no es un atributo natural de ciertos enunciadores o temas, la definición de lo que es y de lo que no es político en la sociedad en un momento dado, es producto de los conflictos por la hegemonía entre los diferentes sectores sociales. Lo que reconocemos como cambio político no es un hecho dado, sino un producto, la frontera entre lo político y lo no político es histórica y cambiante, según sean los distintos regímenes políticos y sus principios de legitimidad.

Uno de los problemas teóricos más importantes del estudio de las culturas políticas es lograr salir de la circularidad que supone definir como político a un discurso o manifestación cultural porque hable de política o sea enunciado por un político. El ingreso de la pragmática lingüística como instrumento de análisis puede hacer avanzar en esta dirección. Desde esta óptica un discurso o una manifestación cultural no será política sólo porque "hable de política" (criterio semántico), sino porque realiza cier-

tos tipos de actos transformadores de las relaciones intersubjetivas (criterio sintáctico y/o pragmático): otorga un lugar a los sujetos "autorizados" (con "derecho a la palabra"), instauro "deberes", construye las "esperas", genera la "confianza".\*

Contamos ahora con un criterio que nos permite poner en relación a dos posibles atributos de un discurso o una manifestación cultural: "que hable" de política y/o "que afecte" las relaciones intersubjetivas que conforman un orden político determinado. Estos atributos pueden ir juntos, pero hay que distinguirlos entre sí: existen manifestaciones culturales que no hablan de política ni son enunciados por políticos pero que, sin embargo, intervienen en la conformación del campo político.

Una primera consecuencia de esto es la ampliación del caudal semiótico que puede conformar una cultura política, por ejemplo: las creencias; el sentido común; el flujo informativo; las prácticas religiosas; las identidades sexuales, sociales, regionales; estilos estéticos; memorias individuales y colectivas; rituales; discursos. Estos elementos constituyen una trama de significantes diferentes que se articulan, compiten, asocian, desconectan o yuxtaponen en los conflictos por el sentido del orden con que los individuos vivimos nuestras relaciones sociales.\*\*

Ahora bien, la acción política no se sostiene o pone en movimiento por igual a todo el heterogéneo conjunto de elementos a los que acabamos de hacer referencia. Depende de las reglas y las concepciones de la política en conflicto, terreno en el que podemos encontrar desde un cierto "existencialismo político" —para el cual "todo es político"— hasta, en otro extremo, las tendencias a la reducción del espacio y el temario político de la sociedad. El autoritarismo, por ejemplo, tiende a la apropiación de temas de la agenda pública para reubicarlos en las oscuras zonas de las "razones de Estado"; pero también mediante los procedimientos democráticos se opera una permanente operación político-cultural para redefinir el espacio público, por ejemplo la transformación de ciertos temas sociales en cuestiones de especialistas y técnicos que poseen sus propios lenguajes o la disolución de temas de los que se

\* Landowski, E. "La parole efficace. Pour une approche sémiotique du discours politique", *Mimeo*, XII Congrès de l'A.I.S.P., 1982, p. 3.

\*\* Trabajamos entonces con una concepción general de la cultura como conjunto complejo de sistemas significantes a través de los cuales un orden social se comunica, investiga, reproduce o cambia. Williams, R. *Culture and Society, 1780-1950*, Londres, Penguin Books, 19.

hace cargo el Estado (salud pública, jubilaciones, escuela, etc.) para plantearlos como cuestión del mercado y la iniciativa individual de las personas.

Por ello hay que distinguir todo el potencial de significaciones que pueden formar parte de una cultura política y las que efectivamente, de manera más reducida, la forman en un momento dado. No todo material cultural se convierte en ingrediente de una cultura política. En efecto, la constructividad y dinámica del espacio político muestra las cambiantes relaciones y fronteras entre la política y la cultura en un sentido amplio, por ejemplo:

a. La referencia directa de una creencia o recuerdo a procesos, personajes o posiciones políticas;

b. los procesos de "ida y vuelta" entre los lenguajes de la política y la cultura, y entre los diferentes géneros. En períodos autoritarios se puede producir la metaforización estética de ciertos valores o referencias a hechos políticos que la censura, la represión o el miedo sacan de la escena pública. La cultura funciona entonces como una especie de retaguardia activa, de sostén de lo excluido en la escena política oficial. En Latinoamérica tenemos destacados ejemplos de ficcionalización de la política en la novela o de estrategias de preservación y construcción de la memoria colectiva por medio del cine. Es más, hay ciertas prácticas culturales que a veces tienen una valencia política sin necesidad de que en ella se habla de política, como por ejemplo algún concierto de rock durante períodos autoritarios.

Una posterior apertura democrática exigirá al discurso político sintonizar con la obra previa a las prácticas culturales en los individuos, generalmente los temas antes expulsados del lenguaje político no "vuelven" tal cual al mismo, como siguiendo una conversación interrumpida: presentan las transformaciones realizadas por su reelaboración y resignificación cultural.

Es más, ciertos temas pueden ser retenidos en la ficción política, cuestión que también presenta varias posibilidades de interpretación. En efecto, pueden ser fenómenos defensivos de tradiciones políticas frente a sus dificultades de emplazamiento en el campo político, su erosión por nuevas formas de hegemonía o la primacía de otros géneros en la política, por ejemplo el científico-técnico. Y

también puede ser síntoma de la pérdida de la política, de la incapacidad de reinscribirse en las nuevas reglas y escenarios de la misma, generando fenómenos de sustitución de la política por la ficción que alimenta privatismos diversos y la confusión de la especificidad de la acción política con las alternativas del mercado cultural;

c. algunas hegemonías, como las que describe Habermas en el capitalismo tardío, se alimentan desprendiendo determinadas prácticas culturales de los procesos de socialización política de los individuos, orientándolos hacia concepciones privatistas y expectativas de movilidad social ascendente, vía profesional. De tal forma se puede contener las culturas alternativas al sistema en los límites de las subculturas de determinados sectores, sin mayor circulación y penetración en la sociedad en su conjunto. Para Habermas estos procesos, combinados con la cientificación de la acción política, llevan a la producción del equilibrio del sistema social mediante la reducción del espacio público y el ingreso de la sociedad en una situación de "penuria de sentido";\*

d. las operaciones de resocialización de los individuos por parte de los gobiernos autoritarios, que Germani denomina como los autoritarismos modernos tendientes a restituir o a instaurar ciertos valores muestran —digamos de acuerdo al caso— un arsenal de recursos que van desde la propaganda hasta ciertos criterios de autoridad cultural propios. Por ello la "política cultural" de estos gobiernos hay que buscarla en los ministerios de Economía o Defensa y no en sus generalmente esterilizadas y anacrónicas Secretarías de Cultura;

e. Hay una amplia gama de prácticas culturales de los sectores populares que aparecen en la periferia de los sistemas culturales hegemónicos y que pueden tener diferentes valencias políticas, muchas de ellas contienen una alta carga de "gratuidad", se vinculan a las formas y costumbres de la vida cotidiana, agregan a la calidad de vida de las personas no sólo sin relaciones directas con la política sino a veces también defendiéndose de intentos de instrumentación por parte de las necesidades propias de organizaciones políticas o del Estado. Pero también ese lugar periférico puede obedecer a otras razones, la exploración

\* Habermas, J. *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973; *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Güli, 1982; *The Theory of Communicative Action*, Boston, Beacon Press, 1984.

de las microhistorias cotidianas populares presenta "... una problemática cultural "de base", por cierto mucho más compleja que aquella que se ubica, recurrentemente, bajo el nombre de cultura; y que va de los diversos problemas de formas de calidad de vida (felicidad del pueblo); de sus relaciones con el trabajo y la tecnología a sus modelos de diversión o religiosidad. Pero lo cierto es que este "paquete" es ubicado, tradicionalmente, en el campo de lo político, donde a su vez, es desplazado a un rol complementario inferior por la dinámica del poder y por los modelos economicistas de decisión o planificación".\*

\* Ford, A. "Desde las orillas de la ciencia", en *Crítica y Utopía*, 10/11, Buenos Aires, p. 58. Para una reconstrucción de las diferentes formas de investigación y de interpretación de las relaciones entre culturas populares y políticas en el país, véase: Rivera, U.B., *La investigación en comunicación social en la Argentina*, Buenos Aires, ed. Punto Sur, 1987. Para una reconstrucción teórica del tema y el debate latinoamericano al respecto, véase, Barbero, J.M., *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona, Gili, 1987.

Se podrían poner muchos más ejemplos de la fluidez de las relaciones y fronteras entre el espacio cultural, en un sentido amplio, y el que la sociedad reconoce en un momento dado como el político. Remarquemos ahora que el atributo de político —puesto que de ello se trata y no de esencias de la política— de determinadas prácticas y productos culturales, es cambiante: pueden en una circunstancia combinarse con estrategias políticas de manera directa —potenciándolas o cuestionándolas— y en otros momentos históricos perder esas funciones, volverse residuales o quedar cristalizadas en subculturas.

Los diferentes principios de orden predominantes en la sociedad en un momento dado, han logrado delimitar lo que es y lo que no es asunto político porque también hacen prevalecer determinadas concepciones sobre la cultura, las relaciones que debe guardar con la vida pública y la privada de los individuos y los criterios de autoridad que definen las jerarquías en el campo intelectual.

En un plano más propiamente referido a las orientaciones políticas podemos notar que las problemáticas teóricas o doctrinarias que le otorgan su sentido más general son mixtas: no existe una corriente de pensamiento pura, preservada desde sus orígenes hasta su declinación dentro de ciertas fronteras conceptuales; las doctrinas surgen desde ideas previas de diverso origen, de las que se nutren inevitablemente, sobre todo las que logran penetración en amplios contingentes sociales y populares. Además, las concepciones políticas confrontan entre sí a través de la acción política y en una lógica que pasa más por la desarticulación de la problemática adversaria y la apropiación

de varios de sus temas que por la oposición cerrada, doctrina contra doctrina. La exposición de las doctrinas al espacio abierto de la confrontación y las influencias mutuas obliga a las ortodoxias a generar permanentemente dispositivos de lectura y preservación de las fuentes.

Señalemos finalmente, luego de las distinciones que acabamos de realizar, que la sociedad presenta siempre una especie de ecología cultural en la que las diferentes culturas políticas ocupan posiciones relativas cambiantes, pueden ser residuales, arcaicas, emergentes, dominantes, hegemónicas, tradicionales.

### Culturas y sujetos políticos

Los desarrollos de la crítica a las concepciones substantialistas del sujeto político abrieron espacio para pensar las formas de intervención de los lenguajes y las culturas en la constitución de los actores y el sistema político. En la década del 60, esta crítica filosófica se producía en un contexto en el que se daba el auge de los estudios semiológicos y la sospecha de que los nuevos medios de comunicación electrónicos no sólo ampliaban el alcance de la palabra política, sino que además —y fundamentalmente— intervenían en la definición misma de las formas de acción política y hasta del tipo de partidos y características de los liderazgos.

Reconstruyamos algunos elementos básicos del tema. En uno de sus textos fundamentales, Heidegger planteó: "Toda idea de un 'sujeto' —salvo el caso de que esté depurada por una previa y fundamental definición ontológica— arrastra el sentar *ontológicamente* el *subjectum*. . ."

Para los griegos, el ser, esto es, la *ousía*, era permanente presencia, lo que está siempre presente en la cosa, lo ontológicamente subyacente a todos los entes diversos y singulares. El *hypokéimenon* griego reposa sobre sí mismo, es autosuficiente, es un ser en sí, en oposición a los entes que tienen propiedades, y que por lo tanto son para los otros. El es el fundamento de los entes singulares.

En el latín la palabra griega *hypokéimenon* se tradujo como *subjectum*, que etimológicamente significa: lo arrojado a la base, lo sub-puesto; y ontológicamente, aquello en lo que reposan y se fundan las propiedades de las cosas.



\* Heidegger, M., *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1968, p. 58. Las relaciones entre la hermenéutica de Heidegger —con todo su potencial deconstructivo de la metafísica contemporánea— y sus posiciones políticas son un problema abierto. Particularmente en lo referido a las relaciones que tendió a establecer entre la problemática del develamiento del ser con el espíritu alemán y el nazismo a comienzo del '30. También en relación a sus distinciones entre las relaciones "auténticas" e "inauténticas" con el ser, con su carga de elitismo. Con todo, creemos que ello no invalida su utilización actual en clave antisustancialista frente a ciertas ideologías. Sobre el tema, véase: Poggelez, O. *Filosofía y política en Heidegger*, Barcelona, Editora Alfa, 1984, y *El camino del pensar de Martin Heidegger*, Madrid, Alianza Editorial, 1986. También Cacciari, M., "Confronto con Heidegger", en *Pensiero negativo e razionalizzazione*, Marsilio Editore, 1978.

El "pienso, luego existo" cartesiano sentó las bases para la época en que el individuo comenzó a ser concebido como lo que reposa en sí mismo, autosuficiente, sostén de sus propiedades variables. El yo se constituyó en el *subjectum* moderno.

La utilización de la noción de sujeto puede trasladar al lenguaje político este supuesto ontológico, convirtiéndose en un obstáculo para el análisis. En efecto, si explícita o implícitamente nos manejamos con el supuesto de que los individuos o las clases sociales tienen el carácter de *subjectum*, el conflicto político no puede ser considerado sino como un medio, a través del cual, se despliegan o se bloquean las manifestaciones de los atributos esenciales de los actores políticos en estudio. De este modo, el proceso político, en un sentido estricto, no sería productivo, no generaría nada sustancialmente nuevo. Los acontecimientos políticos serían formas o modalidades de expresión (o encubrimiento) de algo preexistente, replegado y originario que otorgaría al individuo, los sectores sociales o determinadas instituciones el carácter de sujetos (llámese la naturaleza humana, el mercado, las relaciones de producción, el Estado o la patria).

La crítica a la noción de sujeto plantea la difícil posicionalidad de concebir a los actores políticos no como sujetos sustantivos, sino a partir del descentramiento que tiene todo ente. Difícil posicionalidad porque las fuerzas sociales intervienen en política constituyendo sus identidades bajo la forma de sujetos. De ahí la necesidad de la "depuración ontológica" de la que hablaba Heidegger.

La crítica a la noción de sujeto abre la serie de preguntas relativas a los ingredientes históricos de constitución de los sujetos políticos, entre ellos el lenguaje, en la medida en que la lucha política está referida a la obtención de hegemonías de principios de legitimidad, del sentido del orden.

Claro está que el ingreso del componente simbólico e imaginario en el análisis político también derivó en la tentación semiológica: todo es discurso o, también, todo es comunicación. Con lo cual el lenguaje iba a ocupar el lugar vacante de la sustancia, del *subjectum*. De hecho la operatoria de esta óptica es la siguiente: todo enunciado





singular remite a un código, que puede a su vez ser considerado como un subcódigo respecto de otro más abarcante y así de seguido. Toda vacilación, ambigüedad, brecha de sentido o silencio puede ser resuelta remitiendo a un código mayor: el gran garante semiótico que salva el sentido de lo que decimos. Con ello también estamos presuponiendo un sentido sustantivo, fundante de la historia, en relación al cual derivamos y medidos toda contingencia del decir humano en un momento dado.\* El viejo culturalismo va de la mano del sujeto semiológico actual. Reducir la política y sus reglas del discurso o las culturas políticas es negar la especificidad del campo político y la primacía de la acción.

Pongamos un ejemplo que concierne a las políticas económicas. La prolongada operatoria especulativa del mercado de capitales ha permitido formular la hipótesis de la formación de una "cultura de la especulación" en la población, que intervendría en la formación de la inercia inflacionaria. Y efectivamente hay una serie de nuevos hábitos, nociones del tiempo y hasta valores que se van gestando en largos períodos inflacionarios que adquieren las características de formaciones culturales. Sin embargo, reducir el fenómeno a la cultura deja de lado que son las mismas reglas de la economía las que generan esos comportamientos en agentes económicos que no comenzaron teniendo una "cultura de la especulación", sino ejerciendo el cálculo frente a las reglas del juego. Por lo tanto la disolución de la "cultura de la inflación" y restitución de una "cultura del trabajo" es obra no sólo de estrategias culturales sino también —y fundamentalmente— del cambio de reglas del juego de la economía, es asunto de decisión política.

Coherentemente con lo recién planteado, debemos distinguir dos conceptos aparentemente sinónimos: la realidad y lo real. Todo campo discursivo define una realidad histórica, el lenguaje no es mero reflejo de algo exterior a sí mismo ni se encuentran entidades "objetivas" no contaminadas por la subjetividad de quien las nombra. Ahora bien, si imagináramos una situación en la que en una nación determinada se da una hegemonía política consolidada, nos encontraríamos con una suerte de ecología

\* La visión contrapuesta a este camino de códigos de los códigos es la que proporciona la noción de "juegos de lenguaje" de Wittgenstein, por la cual el sentido de las palabras se define en su uso y en el interior de las singulares relaciones contractuales lingüísticas entre los diferentes interlocutores. De ella deriva una imagen del lenguaje que dista de la creciente homogeneidad a que remiten los códigos mayores: "Nuestro lenguaje puede ser entendido como una ciudad antigua: como un laberinto de pequeñas calles y plazas, de viejas y nuevas casas, y casas con agregados de diferentes períodos, y esto rodeado por una multitud de nuevos barrios con calles ordenadas y casas uniformes", *Philosophical Investigations*, Oxford Blackwell, 1976, p. 139. Con esta referencia situamos nuestro análisis dentro del espacio teórico en el que actualmente se cruzan la hermenéutica de Heidegger y los "juegos del lenguaje cotidiano", en Wittgenstein. Véase, Apel, K., *La transformación de la filosofía*, Tomos I y II, Madrid, ed. Taurus.

discursiva, de distribución, de orden cultural. La fractura de esta ecología puede provenir de un cambio de las relaciones de fuerzas entre los discursos existentes o, más profundamente, de la irrupción de hechos y palabras no presentes en el horizonte de "realidad" que definía la formación discursiva hegemónica hasta este momento.

Esta última situación nos enfrenta al tema decisivo de la distinción entre la "realidad" —siempre definida con la intervención de la subjetividad— y lo "real", como aquello que le es imposible al lenguaje, como ese plus no verbalizable, no inscribible en el orden simbólico. Lo real no se refiere a zonas de la realidad que aún no conocemos, no se disuelve con el progreso del conocimiento, tal como se podría pensar desde la visión predominante del pensamiento moderno de matriz iluminista, que hizo de la ciencia y la técnica una "verdad de época". Estemos donde estemos en el desarrollo del conocimiento, lo real opera pues la posicionalidad del hombre en finita y descentrada el plus que excede al lenguaje es ontológico, es dimensión constitutiva de la existencia humana.

Este enfoque nos enfrenta a la ambigüedad del lenguaje: es constituyente de la realidad, pero está limitado frente a lo real, no tenemos garantías de sentido en códigos mayores que se remitan unos a otros. El sin sentido no es una fisura de un sentido previo, sino precisamente el punto de partida: lo que amenaza al sentido de un discurso no proviene sólo del plano interdiscursivo (otro discurso), sino, más profundamente, deriva del hecho de que la palabra se constituye respecto del no-sentido y se ve amenazada siempre por la irrupción de lo real. El límite, la sorpresa, la dimensión existencial con sus ambigüedades y paradojas reemplaza, entonces, a las certezas que derivan de imaginarias garantías semióticas. Y fundamentalmente para nuestro tema, la política se revela como una labor productiva, como una creación que se resiste a ser capturada por las seguridades tecnocráticas, las previsiones doctrinarias o la confianza en destinos que hacen de la realización final de los objetivos sólo una cuestión de tiempo.